

AUTORES Y CRITICOS

APROXIMACION INTERPRETATIVA A LA POESIA HISPANOAMERICANA (*)

Los trascendentes valores de la lírica hispanoamericana están anotados a esa suerte de historia del verbo que irradia su testimonio desde la misma edad del canto. La palabra enamorada, el sumario de las actitudes y el acento de los diálogos conducen a proponer una interpretación de la poesía aunque ella no pueda ir más allá de los méritos condicionados, toda vez que la versión auténtica queda encerrada en la contienda del poeta y del climax que lo restablece. Contienda en la que, la voz inalterable y proyectada, ordena ciertos símbolos o esquemas individuales que no pueden ni deben dilucidarse desde ángulos opuestos a los de la creación, que es un acto de fe posesiva.

Con la autora de estos ensayos aceptamos la condición poética de "intuición delicada del "espíritu de fineza", vasto misterio donde el orden de los sentimientos pueden corresponderse o no en su dirección comunicativa. De ahí que la trama de la poesía se avenga más a la donación de los estímulos interiores que a los efectos causales de los tiempos inaugurados con fervor o esperanza. No es la corriente numerosa y ardiente la que ciñe los días sustanciales sino, opuestamente, la celosa intuición de lo escaso, de lo intemporal, de lo exigido y fundamentado. La significación del verso es, en su teorema mejor resuelto, la intensidad de penetración en el orden del universo,

(*) EDELWEIS SERRA, *Poesía Hispanoamericana*, Santa Fe, Instituto de Literatura Hispánicas, Facultad de Letras de la Universidad Católica, 1964, 297 p.

vale decir, la pureza del ente en su motivación real. De otro modo, el gesto y el grito, a pesar de la templanza y de la caridad, no tienen otras cuestiones que los acentuados problemas de la memoria.

Con la poesía hispanoamericana, en esta dimensión conceptual, ocurre que se vislumbra o adivina el hondo desgarramiento que trae la tierra en su espacio religioso y vital. Es curioso observar en la plana lírica de habla española el contenido de la magia que es la divinidad en sus acepciones conciliadas. Esta fuerza de movimiento que genera en la poesía castellana y que llega a este continente con la misma fundación del descubrimiento, otorga a la temática un paralelismo seriamente adjetivado. Para una tierra sospechada apenas es de todos modos admirable que entrame su hondura y su telurismo con aquellas manifestaciones por las que aboga inciertamente.

Es la atenta y silenciosa tarea de estudio de Edelweis Serra la que posibilita estos encuentros con los seres de la poesía contemporánea que en sus dimensiones respectivas concertaron sus acciones y sus palabras. La economía de sus tonos no desmedran la magnitud de los mensajes ni lesionan los testimonios que ineludiblemente herencian a sus congéneres. Para sostenerse en la arquitectura de sus edificios poéticos, observan una simetría de estados y emociones que cimentan el mundo transfigurado de la imagen donde el sentido de las versiones se ajusta a la exacta proporcionalidad de los goces. Supone la teoría del afinamiento en el éxtasis, es decir, la toma de soledad y de fuga; de alguna manera, la evasión del tiempo.

Llevados por la Dra. Serra al encuentro con Juana Inés de la Cruz, se aclaran estas estimaciones potenciales. De la celebrada *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* extrae la autora los elementos primarios para atestiguar esas connotaciones de la pasión con el fuego que en el caso de Juana de Asbaje son harto elocuentes. Animada la poeta mejicana en los andariveles de su verso y de su vida, traspone esa panorámica de la contemplación y adviene a la soledosa vibración interior que es el llamado místico, suerte de campanada que inunda sonoramen-

te el alma y estremece con su péndulo los deltados fermentos del cuerpo racional. Varios sonetos de calibre insuperable ejemplifican la coordinación del sentimiento con el favor intemporal, una secreción de liturgia que apasiona y desgarrar, cuanto más si el valor de la constatación proviene de los sacrificios que la lírica otorga en el ascenso a la verdad y al amor. Fisonomía aparentemente enigmática —dice la autora—, de no fácil acceso la de Sor Juana Inés de la Cruz, sus rasgos se iluminan y delimitan, se vuelven transparentes a la interpretación en contacto con los textos paradigmáticos que nos ha dejado. Es a través de esas tablas elocutivas que la Dra. Serra dilucida algunos aspectos fundamentales de introducción a la poética y rebate documentadamente ligeras contradicciones de algunos críticos que la precedieron en el tema, como es el caso de Pedro Salinas que alude en su estudio a la obra de Sor Juana con criterio disensivo para la filóloga santafesina.

Relativamente, el mundo lírico de José Asunción Silva está orientado por los registros presenciales del epíteto, la clave de su poesía trasmigrada en los mundos de la irrealidad y la visión pero que no desentiende su apogeo más profundo en el cumplido espacio de un romanticismo seleccionado y sin estridencias adjetivales o consentidas. No disgrega en torno de una simple poetización de los hechos o de las cosas, mejor advoca lo necesario para intuir la habilidad y la sensibilidad lírica. La Dra. Serra da a la expresividad de Silva las vías epitetales de la vaguedad, inquietud y misterio; del tedio, las sombras y la melancolía; de la finitud y de la muerte. La consecuencia en los vocablos que dan la intención del estado animico, revela que el poeta hurgó siempre lo desconocido profundamente sojuzgado por la tensión de los valores anotados, por la imprecisión de un medio de ambigüedades donde la palabra entrañable costaba infinitamente. Esas coparticipaciones adjetivales que ordenan los epítetos, conducen a la entera masificación del poema y lo consultan en la diametral versación de sus inquisiciones filosóficas y metafísicas. Es el caos de la creación y del temblor del mundo, la incesante imanidad de los hallaz-

gos y de las filiaciones. No hay en la poesía de Silva una alteración episódica de los epítetos, antes van decreciendo y aumentando en funcionalidad accesoria. Injertan en los poemas con la exactitud de una predisposición natural. Y aun la reiteración de ellos matiza las ubicaciones con diferentes acepciones. Concluye la Dra. Serra esta parte de su importante estudio precisando que “el epíteto es el encargado de rescatar y poner de relieve esos estratos soterraneos de la psique, movilizándolos con un ritmo de intimidad replegada cuya dimensión tonal reside en el mismo desarraigo del poeta de este mundo”.

La obra de Julio Herrera y Reissig tiene para los rioplatenses particular significación. Es la tarea de un cíclope de nuestro tiempo, de un hombre que usó el idioma como un medio de integración, de creación de mundos. De ahí que en este trabajo se atenga a la cosmovisión onírica de su poesía, a la subjetivación de los universos que el poeta sostuvo e ideó en su trascendencia terrena. Para afirmar algunas secuencias interpretativas de la poesía herreriana, la autora ha contado con la versión auténtica y humana de la viuda del poeta uruguayo. De ahí conformaríamos la tesis de que Herrera y Reissig fue un lírico ignorado en su medio, a quien ciertos aquejamientos corporales urgían una introspección cósmica, un hechizado mundo de seres y creaturas que lo sostenían y animaban. Los conflictos psíquicos —que la Dra. Serra señala—, ajaron esa temporalidad discursiva y proveyeron a la enunciación de los tonos más intimatorios de la versión humana. Esta secuencia entre el contorno, el ensueño y el paisaje presionan en la lírica herreriana y dibujan un mapa de apropiaciones lírico-simbólicas que devienen en la magnitud del estro. Consecuencia de ello es la visibilidad de los perfiles y el pronunciamiento de las metamorfosis poéticas. La elaboración de un vocabulario decoroso, de una esencia emitiva que no lesionara los pentagramas de la armonía, sostienen esa preocupación de Herrera y Reissig por alcanzar otros mundos avisados, otras dimensiones desconocidas que intuía poéticamente en sus alucinaciones ensoñadoras. El onirismo juega en el epíteto con relaciones metafóricas que

inducen a la irrealidad, que señalan la condescendencia del poeta en esa "aspiración recóndita de conocer otro orden más allá del orden aparente".

El estudio de la obra poética de Juana de Ibarbourou ocupa en estos textos de la estudiosa Edelweis Serra la mayor parte del volumen en relación con otros tratamientos. No escapa a su lectura que el itinerario lírico de la Juana de América requería esta extensión para valorizar la obra de la eminente autora en sus fases más reveladoras. El ciclo ibarbourouiano atiende a sus manifestaciones comunicativas y a vivencias íntimas que insertan su clave en doloroso aprehendimiento. No pertenece a la objetividad del lenguaje o a la precisión del ritmo, sino que es el engendramiento de los núcleos que la poseionan y que, desde sus liberaciones, hacen intransferible las unidades evolucionadas. La Dra. Serra microdivide este ensayo en dos etapas complementarias: la de los motivos y la de las formas. En ambas, la obra de Juana va desmenuzándose pacientemente y aclara su búsqueda en zonas de aislamiento y de soledad. De manera que la nominación de las obras sirven para establecer ese equilibrio entre el apasionamiento y la naturaleza, porque certifican un orden de extracción temporal que funciona en otra equidistancia ideal, casi concreta en el ámbito de la imagen. Surgen, como en las disquisiciones anteriores, los epítetos existenciales que individualizan una corriente creadora, aquellos que morosamente corrigen un universo hallado por otra relación apaciguada en sus fundaciones objetivas. De ahí parte la sugestión de los valores y la carga de intensidad que poseen en sus diferentes estilos, cuando la verdadera vocabulación de la poeta es el simbologismo de su territorio auténtico, la inmanencia de las reiteraciones. El estrato poético va ascendiendo o permutándose en el devenir existencial. Los temas elocutivos y esteticistas van cediendo hacia otra ordenación más íntima y trascendente. Pero lo hacen de manera lenta y sin rupturas, aún enlazando la notación del modernismo con el decorativismo religioso. Otros puntos de estudio de la poesía de Juana de Ibarbourou son las imágenes, tradicionales, visionarias y simbó-

licas. En alguna testimoniación estos dones tienen contactos con el color como leit motiv de su estro lírico. La asunción de las preposiciones genera acentos cualitativos que encierran otra problemática de expresión y exultación sensorial, pero en cada uno de los aspectos de la obra de la poeta uruguaya el verso enclava su magnitud y acrecienta su peso y su medida en la poesía de habla castellana. Plasmada así esta poesía de mujer que expresa su tiempo y su sitio convendremos en que los rigores de la femineidad literaria es una simple singularidad física, porque mental e intelectualmente determinan los acoplamientos de unidad que importan una significación total dentro del movimiento propiciatorio de la literatura contemporánea en nuestra habla. Es el dinamismo el que postula sus secuencias.

En continuidad genérica, sin duda, la introducción a la poesía de Gabriela Mistral constituye un elemento de afirmación mística. El estudio de la soledad como nervio actuante dentro de la estructura literaria de la poeta chilena, significa que el asombro del dolor y de la muerte quiere constatar en ella otras especulaciones que se daban de manera distinta en Juana. Por otra parte, la raigambre americana de la obra de Mistral supone tendencias originarias que no enraizan seguramente con el descubrimiento ibérico, sino que, por el contrario, tiene una antigüedad relativa viniendo de las tributaciones indígenas que ya fermentaban el suelo del cono americano. Gabriela Mistral es una individualidad impar. Acciona dentro de la pensante intelectual como un índice que asumiera la señalación de los valores extemporáneos del hombre. Cabe en su poesía la tradición natural y anónima y, a su tiempo, recrea con ella los concilios de su poesía formalista y rectora. Mas, no en la forma ni en el lenguaje seguramente hallaremos esa veta de humanidad parlante que es la lírica de Gabriela; la soledad vacía y la soledad habitada, como interperita Edelweis Serra, constituyen la autenticidad de su testimonio, el colapso vital que arrecia hacia las tempestades del alma. Esa soledad deshabitada de la poeta está creciendo en sus *nocturnos*, donde el medio es la finalidad expresiva. Una profunda sensibilidad de queja hace

vocativa la plegaria y enardece los ramos de la pasión. En la soledad poblada son sus vecinos los que sustentan la fe y la esperanza como elementos propios de la donación amorosa. Si en aquella los vínculos pueden llegar a ser tan sutiles que contacten el abandono y la desesperación, en ésta los arrebatos hacen febril y candoroso el canto como en una magia del credo. “Este sentido de la nada existencial del hombre, —anota la ensayista— esta angustia metafísica de la soledad esencial del ser que jadea por su único asidero en Dios, convierten a Gabriela Mistral a esta altura de su trayectoria lírica en un poeta de la condición humana. La forma más hermética, casi enigmática de su verso no le quita estremecimiento ni virtud comunicativa”. De alguna manera, el verso de Gabriela es su respuesta en vigilia.

Hablar de un desgarramiento emocional en la poesía de César Vallejo es abordar una cuantitativa meditación de percepciones. Edelweis Serra trata en otro de los breves ensayos que integran el volumen, el agonismo estético de Vallejo a despecho de su aparente acumulación afectiva. El tono de la agonía no tiene que ser necesariamente depresivo, porque suele darse en términos de incontrolable y caudaloso fragor. Una existencia vivida sin desmayo, sin cejar en la contienda, sin las necesarias pausas, es una existencia agónica, una suerte de préstamo de la realidad que andará buscando siempre su acto.

Formalizada la tarea, el poeta asentará su poesía en la dramaticidad del diálogo u ocurrirá a los diales de la blasfemia y de la violencia. Vallejo fue un poeta enardecido, propenso a la discordia emocional, con una intransferible voluntad de enrolamiento. A este compromiso muy de tarde en tarde conferido, el poeta responde con la integridad de su pulso y de su miedo, vale decir, con los eléctricos acentos de su vida realizada. Toda la obra vallejiana es una autobiografía, un retrato de los caracteres y las violaciones personales, un sumario melancólico donde el heroísmo aparta sus austeras muertes. Para una sensibilidad como la del poeta peruano, el goce del tiempo no reditua apasionamientos estériles ni acopia otras mitografías y

temperaturas. La tesis de su ruptura íntima está sugestionada por un estilo resonante y anecdótico. De ahí que “el superrealismo en que se inscriben las imágenes y todo ese caudal lingüístico insólito del poeta que hiere nuestra sensibilidad con inauditas asociaciones léxico-emocionales, no proviene ciertamente de automatismos metodológicos impuestos por la voluntad de asombrar; no hay expresión superrealista más sobria y despojada que la de Vallejo porque no brota de un afán estético sino de la sangre de una herida, del hueso mismo del alma que desnuda su verdad fraguando, sí, una expresión poética encrespada, rebelde, pero donde cada vocablo genera resonancias semánticas nuevas, matices inéditos de extraña eficacia lírica”. Es la poesía social de este tiempo donde el hombre hurga su destino y astilla sus imperfecciones.

En los dos ensayos finales de este trabajo de aproximación poética a varios valores hispanoamericanos, se trata de la vida y de la muerte, del tiempo y la eternidad en la obra de Jorge Luis Borges y del estilo y la poesía de uno de los libros más selectos de Francisco Luis Bernárdez, “El Buque”. La poesía argentina tiene en estas dos expresiones, entonces, su aporte dentro del tomo que Edelweis Serra ha dedicado a la lírica contemporánea y el acto de elección es, en sí, sumamente sugestivo. Borges y Bernárdez, paralelamente, han accedido a una poesía donde la magia, en uno, y la mística, en otro, llegan a tener su arribada común. Mientras en Borges la muerte y la eternidad juegan desdorosamente durante la vida y el tiempo en los ángulos de la metafísica intuída o en sus hipótesis amargas e irónicas, en Bernárdez hay una registración de la gracia, un denso e inefable acercamiento a la pureza total. Para Borges, las actitudes existenciales tienen memoria y pueden historiarse; para Bernárdez, el tono vital es la expresión de la jaculatoria permanente. Borges asiste a la vigilia desde sus compadritos o desde sus esquinas enlunadas; Bernárdez, a su vez, es un centinela desinteresado de la transfiguración. La Dra. Serra incursiona en la estructura simbólica, en la progresión del símbolo, en el sustrato doctrinal, en la estructura estrófica

y sintáctica, en las particularidades léxicas, en el valor estilístico del verbo y del gerundio de la obra de Bernárdez, poeta que “ha conseguido comunicar la experiencia de su conversión a Dios”; y para derimir la invención borgeana apela a varios de sus poemas esenciales, verbigracia, el “Poema Conjetural”, “El truco”, “Inscripción en cualquier sepulero”, “Remordimiento por cualquier defunción”, “Mateo XXV, 30”, los que atienden a los esquemas propuestos por la investigadora para representar su aproximación interpretativa.

Edelweis Serra, doctora en letras, profesora de literatura iberoamericana y de teoría y crítica literaria, logra en este ensayo ajustado aportar interesantes apreciaciones sobre los modos de las poéticas integradas. A su vez, el curso de la lectura promueve nuevas evaluaciones que la profundización de las tesis ordenarán en el futuro. El libro que comentamos tiene el alto valor de su seriedad y precisión enunciativa, de la pasión que la poesía ha dado en la autora para conciliar lo auténtico y lo teórico sobre precisiones enunciativas que, sin pretender desentrañar el misterio original de la creación, coadyuvan al entendimiento de los mundos de los creadores. No olvidemos que Edelweis Serra es, también, poeta y alguna vez ha podido anotar: “De ese túnel de engranajes / vengo...”.

LUIS RICARDO FURLAN

Núñez 836, El Palomar (Buenos Aires)

UN CRUDO TESTIMONIO SOBRE EL COLONIALISMO (*)

A los jueces que, todavía hoy, “explican” la tortura;
y también a los que la admiten creyendo en su “efi-
cacia”.

En mis recensiones, prólogos y “advertencias”, esta nota encuentra antecedentes. De Beccaria prologué hace años una edición de su libro tan conocido (1). ¿Una edición más? No. Era la edición que Calamandrei había cuidado, y acompañado de prefacio y notas, en la colección dirigida por Pietro Panerazi; acaso yo estaba traduciendo a Calamandrei, ya que no era lógico realizar, por sí sola, una traducción más de Beccaria. Ese libro se escribió luchando porque el proceso penal no convirtiera al hombre en una cosa; en el libro que hoy vamos a comentar, se utilizará, para un pensamiento análogo, otra expresión con respecto al sujeto (o al objeto) de las torturas: “Romper en él al ser humano responsable” (André Philip, pág. 268 del volumen comentado). Después vino el libro de Piero Fiorelli, sobre la tortura (2); libro de sentido bien distinto; ya no es, o al menos no se presenta así objetivamente, un libro de lucha; es un examen histórico; estudia la tortura como *institución*; porque eso fue la tortura en la historia del

(*) *Djamila Boupacha (Proceso a la tortura)*, por Simone de Beauvoir y Gisèle Halimi. Editorial Seix Barral, S. A., Colección Testimonio, Barcelona, 1964, 284 p. más varias de documentos gráficos.

(1) CÉSARE BECCARIA, *De los delitos y de las penas*, Prefacio y notas de PIERO CALAMANDREI, traducción de SANTIAGO SENTÍS MELENDO y MARINO AYERRA REDIN, Ediciones Jurídicas Europa América, Buenos Aires, 1958.

(2) PIERO FIORELLI, *La tortura giudiziaria nel diritto comune*, Giuffrè, Milano, 1953, dos volúmenes.

proceso: una institución probatoria; se necesitaba la confesión del reo para condenarlo; y había que obtenerla (3); si a veces el reo se quedaba entre las manos del verdugo torturador, esto era una cuestión de detalle, y hasta una desatención del torturado, al ofrecer tan escasa resistencia física; como la tortura era una institución perfectamente establecida por la ley, con arreglo a la cual se aplicaba, estos pequeños accidentes ni siquiera se silenciaban; eran consecuencias de un acto procesal, y se hacía constar el resultado de éste. Los tiempos avanzaron, al menos en la redacción de las leyes; pero la práctica no varió; antes se torturaba legalmente y a presencia del juez; hoy, ilegalmente pero con conocimiento del juez (4); no faltan juzgadores que, si no justifican, "explican" la tortura; y quienes la consideran indispensable para el éxito de la investigación; a ellos difícilmente les llegarían las palabras de André Philip sobre el problema fundamental de *Los fines y los medios* (pág. 281): "la única división política fundamental, la que separa irremediamente a los hombres que entre *humanitas* y *bárbaros* se produce sobre este punto. Para los bárbaros, el fin lo ennoblece todo, y todos los medios, inclusive la tortura, son buenos para conseguirlo; . . . el humanista es aquel que, sea cual

(3) La exigencia *probatoria* pasó, con el tiempo, a tener otro carácter: ya no se quiere la confesión en sí misma, sino los detalles que llevarán al conocimiento de otros delinuentes: de la confesión obtenida a la fuerza, se pasa, como nos dice Philip, al acto más deshonroso; la denuncia.

(4) En un libro de reciente publicación, la prueba procesal, tomo primero, del profesor y magistrado VALENTÍN SILVA MELERO (Madrid, Editorial Revista Derecho Privado, 1963, leo (pág. 135) algo que confirma lo que acabo de señalar: "También se ha referido la doctrina al llamado exceso de celo de la policía judicial, problema del que ya se ocupó la antigua Sociedad de las Naciones, que en el año 1937 ordenó la encuesta al efecto, que tuvo como resultado constatar los abusos, precisamente en países donde se blasona de vivir en el estado de derecho más perfecto, y que ha motivado que Mellior, después de estudiar el problema en distintos países de Occidente, plasmase su pensamiento en una frase no exenta de dramatismo y decepción: "tentado estoy, decía, de pedir el restablecimiento legal de la tortura para que al menos aparezca reglamentada en su ejercicio". De esta cuestión se ha ocupado recientemente en Suiza el profesor LECLERC, criticando la práctica en su país de abandonar a la policía judicial parte de la instrucción".

fuere su fin, no lo perseguirá jamás a *cualquier precio*; siempre habrá un precio que no estará dispuesto a pagar" (5) pero es que la división es la misma para los pueblos; y, por eso, el doctor Jean d'Alsace (pág. 248) nos dirá que "le faltaba a la tortura su organización y su aplicación sistemática por *pueblos llamados civilizados* (pág. 248) —este último subrayado es mío— (6).

(5) El propio ANDRÉ PHILIP, nos dirá, frente a ese *precio*, lo que fue la *Resistencia* (pág. 271): "Esto fue lo esencial del debate, en 1940, entre Pétain y la Resistencia. Vichy consintió en sacrificar los valores morales franceses, en entregar a Hitler los refugiados políticos, luego los judíos, luego los ejércitos franceses, en la esperanza loca de salvar un territorio y de reducir los sufrimientos de la mayoría de la población. La Resistencia no sólo declaró que ese cálculo era falso: afirmó que en las condiciones que fueran había que enfrentarse con todo y sufrir antes que perder su dignidad y el respeto de sí mismo; *la Resistencia*, en sus comienzos al menos, *no era un nacionalismo*, sino un humanismo, y contaba en sus filas a antifascistas de todas las nacionalidades". Para encontrar un concepto tan terminante de lo que fue ese movimiento que, en los diversos países, se denominó la *Resistencia*, habría que acudir a CALAMANDREI, contemplando la italiana, en tantos escritos suyos y, especialmente, en *Uomini e città della Resistenza* (Editore Laterza Bari, 1955); como nos diría FERRUCCIO PARRI, al morir CALAMANDREI (en *Il Ponte*, octubre de 1956), "la entendió y dio su interpretación histórica con más agudeza y de manera más completa y antes que ningún otro. Histórica, no oratoria". La Resistencia fue, en Francia como en Italia, como en todos los lugares donde se produce, lucha civil, lucha de los hombres civiles; por eso, obsérvese que raras veces en las luchas de verdadera Resistencia toman parte militares como tales; a lo más las dirigen, y en algunos casos hasta ocurre que las simbolizan, pero desde el exterior: ellos saben lo que es la batalla, con arreglo a cánones bélicos; pero no lo que es la lucha libre que, por eso, no tiene cánones. Y así —como dice PHILIP— la Resistencia contó con antifascistas de todas las nacionalidades (¿no estaba escrita la palabra "Gudalajara" en el primer tanque que entró en París? ¿No cayeron antifascistas de todos los pueblos en los frentes republicanos de España, aún antes de que se formaran las Brigadas Internacionales?).

(6) "Pueblos llamados civilizados" (no tengo a la vista la edición francesa; pero supongo que en el texto francés se dirá, con su sentido peyorativo, "soi-disant civilisés"); alguien me miró con asombro al oírme un día decir que Alemania y Estados Unidos eran dos pueblos *subdesarrollados* (como se acostumbra a llamar a tantos pueblos no europeos) pero yo insistí en que lo eran, al menos jurídicamente; y, sin embargo, decía una cosa de la que sigo estando absolutamente convencido: el desarrollo de Alemania no me lo marcan KANT y GOETHE, ni SAVIGNY y JHERING; me lo marcan Hitler y Himler, Goebels y Heichman, cuando oigo hablar del "milagro alemán", pregunto a cuál mila-

Pero, tratemos de metodizar este comentario, ya que, para sintetizarlo, haría falta el espíritu y la pluma de un Carne-lutti, único que puede lograr, con cuatro líneas, dejar bien fijadas la altura de una obra literaria o científica.

¿Qué es, cómo está formado, de qué se compone este libro?

Integra la colección *Testimonio*, que publica Seix-Barral (y nunca más adecuado el título de la colección que en este caso).

Simone de Beauvoir y Gisèle Halimi lo escribieron; en realidad, ellas el libro, más que escribirlo lo vivieron: esta última actuando como abogada que consiguió, judicialmente, que siguiera su curso (no podría decirse que prosperara) la querrela por torturas; aquélla, presidiendo el comité que, con su actuación pública, impidió que el silencio cayera, una vez más, sobre las víctimas torturadas de la lucha en Argelia. Lo escribieron, también, otros franceses, y francesas con sus artículos que, como *testimonios*, figuran en el Apéndice; y lo vivió, sobre todo, y en parte lo escribió en sus resoluciones judiciales, un magistrado francés que, con su conducta, salva, o compen-

gro se hace referencia, si a la reconstrucción del Berlín occidental, y de tantas otras ciudades, y al desarrollo actual de la industria alemana después del colapso bélico, o si se está haciendo referencia a los *campos de concentración* y a las *cámaras de gases*; porque es bien milagroso que un pueblo que contó con figuras como las cuatro que primeramente citamos y tantas más, supiera crear tales *instituciones*. Cuando oigo hablar del grado de adelanto de la *gran República del Norte*, pienso en el ganster, también como institución nacional, en la discriminación racial, y, en un terreno específicamente de derecho penal, pienso en un hombre al cual se lleva a la cámara de gas después de una docena de años de haber sido pronunciada su condena de muerte; fue un refinamiento en la tortura a que sólo un pueblo insensiblemente culto puede llegar; sólo un pueblo que permite impasiblemente que permanezca en la sombra el asesinato de su gran presidente (asesinado porque era grande), y hasta que se consume otro asesinato (los dos bien televisados, eso sí) para que la sombra del primero se haga más densa. He hablado de discriminación racial en los Estados Unidos. Al lado de la tortura también nos aparece en Argelia: el reglamento racista de un gran hotel no permitía la entrada de argelinos a las habitaciones; los indígenas debían permanecer en el exterior del hotel.

sa, la de sus colegas de Argelia (7); ese magistrado es Philippe Chausserie-Laprée, Juez de instrucción de Caen.

El libro se compone, en sus trescientas páginas, de varias partes: una Introducción, de Simone de Beauvoir, el cuerpo del libro, escrito por Gisèle Halimi, reuniendo todos los elementos y desarrollos de los procesos: del seguido contra Djamila Boupacha y del seguido por ésta contra sus torturadores; después, una tercera parte: "Este libro queda abierto..."; resumen, compendio de hechos, de opiniones y aún de normas jurídicas; siguen los "anexos (textos de la querrela por torturas, del artículo de Simone de Beauvoir que tanto revuelo y tanto efecto político produjo, y del relato de Boupacha padre, hecho en carta a la abogada; a continuación, los *Testimonios*, en escritos de Henry Alleg, Madame Maurice Audin, General de Bollardière, R. P. Chenu, doctor Jean d'Alsace, Jacques Fonlupt-Esperaber, Françoise Mallet-Joris, Daniel Mayer, André Philip, Jules Roy, Françoise Sagan. Termina con un epílogo del que aparece que, por fin, el 21 de abril de 1962, las puertas de la "Maison Centrale" de Rennes se abrieron para Djamila Boupacha y varias de sus compañeras que unos días más tarde partieron para su tierra desde el aeródromo

(7) ¡Qué sensación de alivio, de serenidad, produce el encontrar, aunque sea de tarde en tarde, personas que saben cumplir con su deber en la vida! No digamos ya un deber profesional: el sacerdote, el juez, el militar, el profesor, el artesano, el obrero, el labrador ("que no hubiera un capitán si no hubiere un labrador") que cumplen su cometido, es que saben vivir humanamente: Luis Cernuda, muerto hace poco, plácidamente, nos lo dijo (leed su poema "1936", en *Desolación de la quimera*, Joaquín Mortiz, Editor, México, 1962, pág. 77):

"Lo que importa y nos basta es la fe de uno.
Gracias, Compañero, gracias
Por el ejemplo. Gracias porque me dice
Que el hombre es noble.
Nada importa que tan pocos lo sepan:
Uno, uno tan sólo basta
Como testigo irrefutable
De toda la nobleza humana".

Yo sólo agregaría, al dirigirme al magistrado francés, una palabra: "Gracias, compañero, JUEZ, gracias por el ejemplo".

de Orly. Ocurría así porque el 18 de marzo, en Evian, se había concluido un tratado y se había acordado el "Alto de fuego". Un colonialismo terminaba; un separatismo triunfaba (8).

(8) *Los argelinos, enemigos de Francia*, leeremos en muchas páginas de este libro ("no quieren a Francia"; "quieren nada menos que la independencia de Argelia"). Un superficial conocimiento de historia, con sentido de imparcialidad, nos llevaría, en todo caso, a creer lo contrario: el dominador es el enemigo del dominado, y no al contrario; bastará con que lo deje vivir en su libertad, y la enemistad desaparecerá, el enemigo dejará de serlo; pero esto es difícil de conseguir; quien domina, considera una ofensa y, sobre todo, una falta de patriotismo, no ver aceptado su dominio; a lo más, puede confiarse en una aceptación intelectual del sentimiento de libertad. ANDRÉ PHILIP nos lo dirá también: "La nación francesa es una realidad, no física, sino esencialmente social y psicológica, no es una idea eterna, sino una colectividad de hombres concretos que tienen la *voluntad* de vivir juntos". Y añadirá en seguida: "esa *voluntad* es indispensable a la existencia de la nación, si hay ciertos individuos que dejan de tenerlo, tienen el derecho inalienable de abandonar el país y adquirir una nueva nacionalidad; si en una región deja de tenerla un grupo mayoritario, tiene derecho a hacer secesión y tratar de constituirse en nación, aún si ésta aparece como un marco insuficiente para asegurar la existencia de sus conciudadanos; deberán ser ellos quienes lo aprecien luego y se atengan a las consecuencias; y, un poco más adelante: "el elemento permanente que define a una patria no es ni el suelo, ni siquiera los intereses de los nacionales, sino la realidad histórica cargada de tradiciones, de mitos, de valores morales y culturales, que definen un tipo de civilización". años antes, un poeta —y político— catalán en su *Diálogo de las dos Vírgenes Negras de Polonia y de Cataluña* escribió:

Les pàtries són la terra i son els homes
fets unitat al llarg de les centuries,
daler de mar i pau de les muntanyes,
els parcs morts i els fills encar per néixer,
paisatge i esperit, bresçol i tomba,
la pedra i la canço, estrella i falda,
massa i llevat, frescor i maduresa,
proa i timó, escut, seny i bandera.
Un deure, un dret, dolor, consol i joia,
sacrifici de mort, i raó de vida,
un amor compartit, una fe santa.
Son la viva expressió d'un llarg miracle,
i és anar contra Déu l' anar contra elles.
—Les pàtries son con Déu las ha formades,
i no les pot desfer l'orgull dels homes.

El orgullo de los hombres no las puede deshacer; y una hofetada por mucha resonancia histórica que tenga, sólo accidental y temporariamente suprime la independencia de un país.

Pero, mientras tanto, ¡cuántos dolores, y sobre todo cuánta ignominia se habían producido para lograr la libertad! Este libro nos cuenta las iniquidades cometidas en medio de esa guerra de liberación; las que sufrió una familia y, en particular, una muchacha de Argelia; y las que sufrieron otros.

Es el proceso a la tortura, nos dirá el subtítulo; en realidad es el proceso a la incultura francesa, del que si Francia queda a salvo es porque son precisamente representantes de su cultura quienes lo promueven y lo siguen; objetivamente, es el proceso al ejército francés, más aún que a la policía francesa, ya que ésta actúa a las órdenes de aquél; y, además, respecto de los policías torturadores se logra que sean identificados oficialmente; no así de los militares, porque, como dirán el Comandante en Jefe y el Ministro de Ejército, el identificar a los torturadores militares podría provocar repercusiones desagradables sobre su estado de ánimo y sobre la moral de los cuerpos y servicios de que forman parte. Si se identifica a un subteniente es porque éste (en la vida civil, ingeniero agrónomo) ha cumplido su servicio y no pertenece ya “a la honorable familia del galón”; a él y tres policías se les señala, en su estado civil; a los militares, no; como si la vergüenza que recae sobre ellos no fuera, precisamente al no señalarlos e identificarlos, cuando manchara a toda la colectividad militar. Un grupo militar, mandado por un capitán, ha sometido a Djamilia Boupacha, y a sus familiares a las más bárbaras torturas: los golpes más brutales con lesiones externas e internas; la picanas eléctrica en su forma más intensa y aplicada en los lugares más sensibles; y, finalmente, la violación con una botella de cerveza que acababa de vaciarse^(*). En otros casos

(*) No hay que asustarse por esta tortura. Mr. Patin, Presidente de la *Commission de Sauvegarde*, les explicará a los integrantes del “Comité Boupacha” que no se trata del verdadero suplicio, como el aplicado en Indochina (sin duda, por los franceses también a los del país): “En Indochina se hacía de la siguiente manera: se sentaba al individuo encima de la botella... es muy violento... los intestinos revientan... por otra parte, en general se mueren —añadió con una amable sonrisa—. ¿Quién no recuerda las crónicas de la guerra en Indochina y la figura,

fue la muerte, por medio de disparos, alegando la huida ⁽¹⁰⁾.

¿Qué persigue este libro, además del castigo —que no se logrará— de los culpables?

Sacar a la luz una vergüenza del colonialismo francés ⁽¹¹⁾ (es posible que lo sea de todos los colonialismos), conseguir que la tortura deje de tener ese carácter *institucional* con que hoy se la aplica ⁽¹²⁾; y, acaso, situar al ejército en el lugar que le

que se hizo legendaria, de la enfermera francesa, del “Angel de Den Bien Pu”, prisionera con la guarnición donde prestaba sus servicios, y que no quiso abandonar”. Aquella enfermera fue tratada con todo respeto, y hasta con la más exquisita cortesía —según sus propias manifestaciones— por los enemigos que la capturaron. Y no pareció que ello agradase mucho al ejército francés. Los gloriosos militares quizá hubieran preferido alguna desconsideración, algún atropello, por parte de aquellos *incultos asiáticos*, contra la mujer europea. Tuvieron, en cambio, que soportar su cortesía; esa cortesía que quizá sólo los orientales saben llevar hasta el extremo.

⁽¹⁰⁾ “De otros, cuyo cadáver era presentable, afirmaron que habían resultado muertos al intentar escaparse. ‘*Auf der Flucht erschossen*’, nos decían hace unos años” (pág. 256); “los militares ya no los mataban a la cárcel, que los mataban cuando los detenían, para estar seguros de que no serían indultados” (pág. 240). En algún otro país, con un inefable general como gobernador de una gran provincia, y otro inefable general como jefe superior de policía, se llamaba a esta manera de asesinar, ya hace más de cuarenta años, aplicación de la “ley de fugas”.

⁽¹¹⁾ Mme. MAURICE AUDIN (pág. 243): “La tortura en Argelia es un problema nacional, a la escala de Argelia entera”. “La tortura es una tara del régimen colonial”. “La tortura sólo acabará con el régimen colonial”. JACQUES FONLUPT-ESPERABER (pág. 252): “Las disposiciones gubernamentales son hoy, sólo por esta causa, mucho más contrarias a los indígenas que en 1870”. Y en seguida: “en la discusión general que precedió la votación del Estatuto de Argelia, varios elegidos musulmanes denunciaron el empleo de la tortura, afirmaron haberla sufrido personalmente y declararon que todavía tenían las marcas de ella en sus cuerpos. “En Argelia, puntualizó uno de ellos, se llega a practicar la quemadura de la piel, la aplicación de la corriente eléctrica en las partes genitales; los suplicios del agua y de la botella son comunes y frecuentes allí”.

⁽¹²⁾ Es el régimen colonial francés, el régimen aplicado por los franceses; y los procedimientos de la Gestapo soportados por ellos (por los de la *Resistencia* al menos); y los métodos de la G. P. U. en la U. R. S. S., habremos vivido —como nos dirá el *General de Bollardière* (pág. 245), “el horrible escarnio del respeto al hombre, que el nazismo erigió en sistema”. Pero es que —como reproducimos del doctor JEAN D’ALSACE— (pág. 248), “Nuestra esperanza —muy ingenua— era la de que esa afición a la tortura pertenecía únicamente a un grupo étnico determinado y que no desbordaría su marco. Pero no fue así, las leyes antijudías fueron aplicadas en Francia con la misma fidelidad que en Alemania”.

corresponde dentro de la vida nacional ⁽¹³⁾ y establecer que su moral no puede ser la de un grupo que actúa, dentro de él, al margen de la ley ⁽¹⁴⁾, y menos tolerarse que a sus integrantes se los condecere ⁽¹⁵⁾.

El proceso a la incultura está hecho, afortunadamente, como he dicho, por parte de la cultura; el proceso al ejército

⁽¹³⁾ JACQUES FONLUPT-ESPERABER (pág. 259): "El propio ejército, aunque algunos de sus representantes se sientan a veces inclinados a olvidarlo, depende del poder civil. Sean cuales fueren los errores de la tropa, de los mandos subalternos y aún de los jefes militares de alto rango, las decisiones esenciales no les pertenecen".

⁽¹⁴⁾ Porque esos "azules", harkis, paracaidistas, "todos pertenecen a la escuadra de los verdugos". Y, al producirse la solidaridad con ellos, "no podrá concederse ningún crédito a los honores del ejército y de la policía" y se habrá producido "la complicidad de los torturadores y el gobierno", traducida en "una realidad firmada en un papel oficial"; se habrá terminado "la sacrosanta moral del ejército y de la policía". No puede ser así: "El capitancete que pisoteó a Djamilia y respondió, cuando el padre de ésta protestó diciendo: "De Gaulle ha prohibido la tortura", con "De Gaulle no tiene nada que hacer aquí", ese capitancete no es el ejército francés; pero si lo fuera, si el ejército quisiera estar representado por él... , peor para el ejército francés; porque, como dice JULES ROY (pág. 275): "Un ejército es fuerte cuando posee las armas y las energías que le valen victorias, pero su mayor fuerza le viene de la fe que tiene en su misión, de la nobleza de sus actos y de su incorruptibilidad. Este es el ejército que soñamos para nuestra nación. Pero primero exigiremos para él la justicia de la República. No la de usted".

⁽¹⁵⁾ HENRY ALLEG nos dirá (pág. 238), refiriéndose a los cuatro torturadores: "Los cuatro habían sido ascendidos. Faulques no era más que capitán cuando murió Audin. Igual que Devis, también él ascendido a comandante. Charbonnier y Erulin habían sido promovidos al empleo de capitanes. ¿Cuántos Audin, cuántos Boumendjel, cuántos Ben J'Hidi, cuántas Djamilia para un galón? En cuanto a Faulques, "por las últimas noticias, es coronel y uno de los oficiales que mandan las tropas de Tschombe en Katanga. Los torturadores se convierten en productos de exportación"; y, más adelante (pág. 240): "¿Acaso no afirmaba el propio general que sentía gran admiración por nuestros combatientes, acaso no decía estar dispuesto a respetar la dignidad y los derechos de los argelinos cuyas aspiraciones comprendía? Parecía como si no encontrase palabras suficientemente duras para los oficiales torturadores. Esto era, naturalmente, antes de haberlos ascendido o condecorado. En este plano, como en otros, el sonido nuevo de las palabras ocultaba tan sólo una realidad inalterada y a veces aún agravada; los torturadores, en efecto, no tuvieron nunca tanta libertad. Sólo se les insistía un poco más para que evitasen las fugas, ya que la tortura y la "grandeza" casan mal a los ojos del público".

esta hecho, en nombre del poder civil (16); pero hay, además, según reza el subtítulo, el proceso a la tortura en sí misma, como baldón que sigue en la época actual, a sus horrores, cualquiera que sea su finalidad (17); y cualquiera que sea el que la aplique (18); a las insuperables dificultades para luchar contra ella y para probarla (19). Pero ciertamente lo que interesa no es la dificultad probatoria sino la convicción íntima. Y lo que indigna es contemplar, en diferentes latitudes, la aceptación de torturas y torturados por parte del poder público; no sólo el deseo de correr un velo sobre lo ocurrido, sino de perdonarlo o admitirlo; de utilizar a los torturadores actuantes en una situación política, para que desarrollen sus funciones en otra de signo diverso; acaso pensando que los verdugos no

(16) Y también por representantes del propio ejército (pág. 219): "Como dice, a propósito de este asunto, un general francés que ha dado brillantes pruebas de su valor y de su patriotismo: "Nuestros hijos deben poder respetar la justicia en nuestro país, sin lo cual la peor desgracia caerá sobre ellos, a saber: la de no poder respetarse a sí mismos". Ya que un país sin justicia, es un país donde todo el mundo es culpable.

(17) "No hay humanidad para los árabes", le responderán al viejo Boupacha cuando, entre tortura y tortura, pida "un poco de humanidad".

(18) Porque, como en los siglos en que la tortura se aplicaba legalmente, también hoy se lleva a cabo muchas veces con asistencia, simultánea o posterior, de los médicos, a fin de que a los torturadores *no se les vaya la mano*, o para hacer que desaparezcan huellas, o para *reanimar* al torturado. En el caso de *Djamila*, se trataba de oficiales "muy educados", según expresión del Presidente de la *Comission de Saubegarde*; uno de ellos era ingeniero en la vida civil, lo cual acreditaba cómo la técnica y la ciencia pueden estar bien alejadas de la cultura.

(19) Es cierto, como se nos dice (a pág. 216), que "los que torturan no declinan sus apellidos, sus nombres, sus títulos, sus cualidades, sus fechas de nacimiento, sus domicilios, antes de pasar a la acción. Cuando se logra encontrar a uno u otro, a menudo le basta con negar, una vez careado con su víctima, para que la persecución se hunda: es palabra contra palabra, es decir nada"; y más adelante se añade (pág. 226) que "el tribunal militar de Burdeos acaba de dejar en libertad, alegando la insuficiencia de pruebas, al comandante del grupo móvil de seguridad Jean Bivaud y a sus cinco hombres, acusados de haber provocado la muerte del sargento Madani Said; a consecuencia del interrogatorio al que lo sometieron, Madani Said murió, con el pulmón perforado por una costilla".

suelen oponer reparos en cuanto a la personalidad del patrón a quien prestan sus servicios.

Es el proceso a la tortura en cuanto ésta significa la negación de toda justicia ⁽²⁰⁾; es el proceso a la tortura, con todo el escándalo que ese proceso lleva consigo ⁽²¹⁾. Es el proceso a la comedia judicial montado para evitar que las torturas queden probadas ⁽²²⁾, el proceso al disimulo y a la reticencia de algunos intelectuales, por más Premio Nobel que sean ⁽²³⁾; es el proceso al escándalo de haberse habituado a lo

⁽²⁰⁾ "Una nación podría vivir con ministros prevaricadores. Pero no puede vivir sin justicia. Si el gobierno, en nombre de la razón de Estado, puede impedir a los magistrados que instruyan según su conciencia, y a los tribunales que juzguen, ya no hay ninguna seguridad ni ninguna garantía para nadie. A decir verdad, ya no hay Estado". ¡Cómo nos recuerdan estas palabras aquellas otras que se leen en una conferencia de nuestro COUTURE, precisamente pronunciada en Francia, en la Sorbona!: "De la dignidad del juez depende la dignidad del derecho. El derecho valdrá, en un país y en un momento histórico determinados, lo que valgan los jueces como hombres. El día en que los jueces tienen miedo, ningún ciudadano puede dormir tranquilo" (*Introducción al estudio del proceso civil*, Editorial Depalma, Buenos Aires, 1949, pág. 77; en la edición francesa, *Introduction à l'étude de la Procédure Civile*, Librairie du Recueil Sirey - P. F. A., Cahiers de Législation, Paris, 1950, pág. 66); y con ellas el paralelismo de las que figuran en el artículo de SIMONE DE BEAUVOIR publicado en *Le Monde*: "Cuando los dirigentes de un país consienten que los crímenes se cometan en su nombre, todos los ciudadanos pertenecen a una nación criminal".

⁽²¹⁾ "No provocar un escándalo, no inundar la prensa" "¿era realmente indispensable que las torturas se llamaran *torturas*?".

⁽²²⁾ Dificultades para que la defensora llegara oportunamente a Argel; permiso de permanencia insuficiente; necesidad de constituir una fuerte fianza; sin olvidar la nota pintoresca determinada por el cambio de carácter del Presidente del Tribunal; un civil, en lugar de un militar; sólo que el civil y el militar eran la misma persona: el señor Catherineau, en lugar del Coronel Catherineau; y hasta el cielo, a última hora, por el examen mental de la procesada... como una puerta de escape para absolverla por la colocación de la bomba; y, al mismo tiempo, para que perdiera todo su valor la querrela por las torturas.

⁽²³⁾ FRANCOIS MAURIAC escribirá en *L'Express*: "Los puntapiés en las costillas, las quemaduras con la electricidad, el suplicio de la bañera; ya conocemos todo eso y no estamos obligados a creerlo. Que no esperen de mí que explique por qué la querellante pide que se nombre como perito a un ginecólogo". Recordemos que FRANCOIS SAGAN nos dice que ANDRÉ MALRAUX, en 1944, había calificado a nuestra época como "el tiempo de la mentira"; aunque ella no imagine que "los bombos y platillos de la grandeza puedan cubrir los gritos de una muchacha".

escandaloso (24), al miedo de ser considerados malos franceses (25).

Todo esto es el libro que acabo de leer, que he llenado de rayas y señales, porque no hay una sola página en la que no se encuentre algo digno de ser destacado; y, sin embargo, no es un libro brillante, no es un libro efectista; al contrario, es un libro gris: la tortura nunca puede ser brillante; no puede haber brillantes en la aplicación de una picana, ni en el empalamiento, ni en la desfloración traumática. No es un libro brillante; es un libro interesante; es un libro para personas con espiritualidad y sensibilidad; no para gentes superficiales y epidérmicas. Es un *testimonio* y es un *alegato*, porque Djamilia, aún para sus enemigos, es, debe considerarse, un ser humano. Por eso, el grito de un adherente anónimo "Por Djamilia y por los demás, continuad". Y, por eso, las palabras con que el libro se cierra: "las causas justas acaban siempre por triunfar".

SANTIAGO SENTIS MELENDO

Balcarce 226, Buenos Aires

(24) SIMON DE BEAUVOIR: "Lo más escandaloso del escándalo es que uno se acostumbra a él". JACQUES FONLUPT-ESPERABER: "Hay actos que no dejan de ser intolerables por el hecho de haber sido tolerados durante largo tiempo".

(25) JACQUES FONLUPT-ESPERABER (pág. 255): "Mientras que en aquel momento, no sólo los cónsules extranjeros presentes en Argelia sino también la prensa extranjera estaban ampliamente informados de aquellos hechos escandalosos, nuestros gobernantes, fieles a la política del avestruz, continuaban ocultando la verdad al país y dispuestos a denunciar como malos franceses a quienes se creían en la obligación de alertar la opinión pública".

SOBRE EL ARTE DE ORGANIZAR BIBLIOTECAS (*)

La obra *Catalogación y clasificación de libros*, de que es autor Carlos Víctor Penna, se publicó por primera vez en 1945 y al poco tiempo, en 1949, fue reimpresa sin variantes. Hace varios años que estaba agotada, después de haberse impuesto definitivamente, como texto de obligada consulta, en las escuelas del ramo y en las bibliotecas.

Durante este largo período de casi dos décadas, la teoría de la catalogación experimentó, como se sabe, variaciones de fondo, surgieron nuevas tendencias orientadoras y se revisaron, luego de apasionadas discusiones y críticas, algunos códigos de la materia. Hacía falta, pues, una nueva edición actualizada de la obra que, conjuntamente con la gemela del bibliotecario cubano, doctor Jorge Aguayo, —no obstante las diferencias de fondo y de espíritu de ambas— se consideran clásicas en el mundo de habla española.

Sin embargo, Penna hizo abstracción del éxito de su trabajo y de los requerimientos insistentes de colegas y profesores en el sentido de que preparara un nuevo texto del mismo y confió la tarea a tres antiguos discípulos, bibliotecarios en actividad, que continúan paralelamente en la cátedra las enseñanzas del autor. Invocó, para justificarse, un escrúpulo de

(*) "Catalogación y clasificación de libros", por Carlos Víctor Penna. Segunda edición corregida y ampliada por Emilio Ruiz y Omar Lino Benítez, con la colaboración de José María Martínez. (Colección Universitaria. Serie de Bibliotecología) Buenos Aires, Kapelus, 1964. 325 p. ilus.

probidad intelectual —la circunstancia de haber perdido contacto, estos últimos años, con las tareas específicas de la catalogación— pero ello constituye, en su caso, una prueba más de modestia y desinterés ya que él —es ocioso decirlo— hubiera podido acometer exclusivamente la empresa con la misma eficacia y lucimiento con que la han afrontado las nuevas firmas asociadas a la paternidad principal del libro.

De cualquier modo, esta experiencia de trabajo colectivo habrá resultado saludable, sin duda, no sólo como testimonio de estímulo moral y de solidaria comprensión en el esfuerzo, sino, también, por haberle permitido al autor comprobar, con legítimo orgullo, la perennidad sustancial de su obra, después de haber sufrido la prueba de fuego a través de la crítica directa de sus propios alumnos. En efecto, éstos han llevado a cabo una labor menuda y concienzuda de ajuste técnico y corrección en cuanto al estilo y contenido del libro, sin alterar, por ello, su médula y fisonomía original. Bajo este aspecto, es alabable y merece destacarse la minuciosidad y precisión en los detalles de los asientos —verdadero alarde de orfebrería bibliográfica— como, asimismo, la variedad y abundancia de modelos de fichas y de ejemplos ilustrativos, todos correctos y referidos, en lo posible, a nuestra literatura.

Precisamente —no debemos olvidarlo— los pormenores y las circunstancias accesorias revisten en esta materia, singular importancia e interés.

No entra en los límites de esta nota, ni en la intención de la misma, un análisis exhaustivo de la obra que tenemos a la vista.

Lo hicimos en otra oportunidad, con motivo de publicar-se la primera edición y no habremos de volver sobre lo que allí expresamos. Sólo cabe repetir, a título del mejor homenaje de reconocimiento, que este libro, dentro de su índole didáctica, es, a nuestro juicio, el tratado más completo en la materia que ha visto la luz hasta el presente en lengua española.

Sólo apuntaremos dos observaciones: una relacionada con la terminología y otra que atañe al plan o estructura de la obra.

Desde el primer punto de vista, advertimos, sin duda por el influjo siempre dominante del vocabulario anglonorteamericano, el uso impropio de ciertas palabras que tienen en nuestro idioma los correspondientes sinónimos castizos.

¿Por qué decir, v. gr., catálogo de *accesión*, en lugar del correcto catálogo de adquisiciones; catálogo *clasificado*, por catálogo sistemático, metódico o de materias, calificativo redundante y equívoco, pues todo catálogo es, por definición, una lista ordenada o clasificada de libros, de acuerdo con un criterio cualquiera: alfabético de autores, de títulos, de materias, cronológico, etc.? De lo contrario, no será catálogo, sino una acumulación caótica y desordenada de asientos bibliográficos. Precisamente porque consideramos requisito de la esencia de todo catálogo la clasificación, sinónimo de ordenamiento en este caso, y, además, por no prever el caso que corresponde a dos o más bibliotecas (catálogos colectivos), nos parece incompleta la definición del término *catálogo* que figura en la página siete del libro que comentamos.

De igual manera, juzgamos viciosa la expresión catálogo *oficial* para designar al que se destina con carácter exclusivo al personal de la biblioteca, en contraposición al catálogo *público*, afectado al uso directo e inmediato de los lectores o consultantes. Ambos revisten carácter oficial en el sentido amplio del vocablo, pues los dos son auténticos, desde que emanan de la misma autoridad competente para redactarlos, sea ésta órgano del Estado o de un ente no gubernamental. En todo caso, en vez de catálogo *oficial* convendría mejor el calificativo de privado, particular, o de uso interno, por cuanto el mismo se reserva únicamente para los bibliotecarios del establecimiento y lo privado o particular, como se sabe, es lo antitético de lo público.

Otro tanto cabría decir a propósito del empleo de la expresión *biblioteca pública* para significar, entre nosotros, a la

biblioteca popular, términos que no son rigurosamente equivalentes, pues entre los mismos existe una relación de género a especie. En efecto, toda biblioteca popular es, por definición, pública, esto es, de acceso libre y colectivo, pero la inversa no es exacta, pues hay bibliotecas públicas —las nacionales, parlamentarias, universitarias— que, precisamente en razón de la naturaleza de sus fondos, no son populares. En definitiva, el adjetivo *público* se refiere al grado de accesibilidad a la biblioteca —para todos— a diferencia de la *privada* —para uno o algunos— con abstracción del carácter o naturaleza de los materiales que contiene.

El otro reparo se vincula con la falta o ausencia de dos capítulos que, a juicio nuestro, debieron agregarse al libro para hacerlo más completo y sistemático.

El primero, de introducción, a imagen y semejanza del que figura en la obra de Margaret Mann, destinado a enseñar a leer un libro técnicamente. Es evidente, por razones de método, que antes de describir un libro —tarea específica del catalogador— se hace necesario conocer la anatomía del mismo, es decir su estructura y partes constitutivas, con las denominaciones correspondientes.

El segundo capítulo que echamos de menos se refiere a la historia de la catalogación, a fin de señalar las etapas de su desarrollo y las tendencias que hoy se agitan en el campo de esta técnica.

Es bien sabido, por lo demás, que durante el último cuarto de siglo, los principios de la catalogación han sido objeto de una controversia profunda, con caracteres, a veces, de verdadera polémica, especialmente a raíz de la sanción, en 1949, por la American Library Association, del nuevo código de las entradas y de las reglas de catalogación descriptiva de la Library of Congress.

El cambio ha sido tan radical, afirma Aguayo en la segunda edición de su Manual sobre la materia —entre paréntesis no citado en la bibliografía actualizada del libro que comenta-

mos— “que ha provocado en catalogadores y profesores un tremendo *shock*”.

Prueba fehaciente de ello, agregamos nosotros, la consti- tuye, entre otras muchas, la crítica demoledora recogida en el famoso informe de Seymour Lubetzky, consultor sobre política bibliográfica de la Biblioteca del Congreso de Washington.

Hubiera sido interesante sintetizar las ideas directrices sos- tenidas por las distintas corrientes de opinión al respecto, e- como, así también, los criterios expuestos en las reuniones sobre la materia, especialmente las conclusiones del congreso inter- nacional de París celebrado en 1961.

Por último, una objeción de carácter formal: entendemos que el editor, tratándose como en este caso, de un libro que pertenece a una serie de la casa, debió mantener las caracte- rísticas de la misma en cuanto a formato, encuadernación, etc., de igual modo que la mención del nombre de su director, ya que éste ejerce siempre una tarea de responsabilidad intelec- tual sobre algunos aspectos de la obra. Así lo reconoce la tra- dición de los grandes editores europeos, cuyo sello comercial se ampara siempre, en las respectivas colecciones, bajo el pres- tigio de una firma culta.

Pero, de cualquier modo, estas minucias no inciden para nada en el valor intrínseco del libro. La obra de Penna es un índice elocuente del estado de madurez logrado por la biblio- tecología argentina y constituye, al propio tiempo, un signo promisorio en lo que atañe a su porvenir.

El autor —bien lo sabemos— es un estudioso serio y per- severante que, desde hace mucho, nos viene ofreciendo, sin prisa ni pausa, sazonados frutos de su creación y experiencia profesional. Y lo insólito es que alcanzó ese estado de excelen- cia y calidad desde el principio, sin tanteos, pues irrumpió tempranamente en el campo de la bibliotecología y lo hizo con un libro definitivo.

Diríamos que en la persona de Carlos Víctor Penna se realiza cabalmente el sentido de la expresión inglesa, *self ma- de man*, el hombre formado por sí mismo. Sin estudios prepa-

ratorios y sólo por virtud del impulso de su voluntad y de su ideal supo sobreponerse a los infortunios de la vida y decididamente se abrió paso. Una beca providencial lo llevó a Estados Unidos y una vez allí cursó la carrera de bibliotecario en la famosa escuela de la Universidad de Columbia. Ese aprendizaje técnico, breve pero riguroso, fue algo así como la piedra de toque para fijar el rumbo de su destino. Lo demás resultó derivación natural de ese esfuerzo auspicioso.

De regreso a su patria, desempeñó sucesivamente en Buenos Aires, los cargos de catalogador en la Biblioteca del Estado Mayor de Marina, profesor de la materia y director de la Escuela profesional del Museo Social Argentino y, por último, director y organizador de la Biblioteca de la Caja Nacional de Ahorro Postal.

Allá por el año 1948 ingresó en la Unesco, donde ha cumplido una brillante carrera que acaba de coronar con su designación como jefe de la División Bibliotecas, Archivos y Documentación en la casa central de París.

El caso de Penna es un ejemplo aleccionador del triunfo puro de la voluntad y de la vocación, tanto más meritorio si tenemos presente la indiferencia casi hostil de nuestro medio para todo lo que se refiere a la bibliotecología. Y, precisamente, por una suerte de fatalidad hacia esta disciplina se dio en el país la paradoja de que los buenos profesionales del ramo, proscriptos de las posiciones a que se han hecho merecedores por sus antecedentes, se vean constreñidos a buscar una compensación más fructífera en la labor silenciosa del estudio o en el ejercicio foráneo de la profesión.

Penna fue en la Argentina el verdadero animador de la bibliotecología: echó las bases renovadas de esta disciplina y formó un plantel de cultivadores que hoy prosiguen sus fecundas enseñanzas.

Este libro constituye un testimonio más de ese magisterio puesto al servicio de la cultura.

DOMINGO BUONOCORE